



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2019 Año VI/Núm. 11

ÍNDICE

Ambroise Akponi Grâce divine et liberté humaine. Aspect sacramental	1
Antonio Andrés Ferrandis La música de Palestrina en la Capilla del Corpus Christi de Valencia	33
Juan José Garrido Zaragoza El camino del intelecto humano hacia Dios. Breves reflexiones	67
Mario Alberto Haller Aproximación a la reforma protestante desde la catequesis y la liturgia. “Hemos aprendido que lo que nos une es más de lo que nos divide”	85
José Antonio Heredia Otero Valores y virtudes, la necesidad de una conjunción	107
José Lendoiro Salvador Manuel Pérez Arnal y el sindicalismo femenino católico valenciano (1912-1936)	123
Abdón Moreno García Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre: Romano Guardini	183
Juan José Garrido Zaragoza Presentación del libro <i>Liberalismo y democracia en la obra de Ortega y Gasset</i> de Angel Peris Suay	201
Recensiones	211
Publicaciones recibidas	235
Fe de erratas	241

NOTA BIBLIOGRÁFICA

PRESENTACIÓN DEL LIBRO *LIBERALISMO Y DEMOCRACIA EN LA OBRA DE ORTEGA Y GASSET* DE ANGEL PERIS SUAY

*Juan José Garrido Zaragoza**

I

1. Según cuenta Xavier Zubiri, Ortega inició el curso de metafísica del año 1919 con las siguientes palabras: “Vamos a comenzar, señores, una lucha gigantesca entre dos titanes del pensamiento humano: entre Kant, el hombre moderno (idealismo) y Aristóteles, el hombre antiguo (realismos)”. Y sigue diciendo: “Desde entonces la vida intelectual de Ortega no ha sido si no el decurso, dentro de su mente, de esta gigantomaquia que se iniciaba en Europa”, y cuyas respectivas posiciones filosóficas describió magistralmente en el ensayo de 1924 *Las dos grandes metáforas*. Recordemoslas. La primera es la metáfora griega: el hombre es un trozo del universo, una cosa que está ahí. Y sobre su carácter de *estar ahí* se funda y se apoya ese otro carácter suyo que es el saber: que consiste en que las cosas impriman su huella en la conciencia humana (*Intellectus tamquam tabula rasa*); la segunda es la moderna, que comienza con Descartes y que convierte el pensamiento en el ser mismo del hombre, que ya no es considerado como un trozo del universo, sino como algo en cuyo saber va contenido todo cuanto el universo es; la realidad se diluye en contenido de conciencia o posición de la misma.

Se imponía la búsqueda de una tercera metáfora que expresara el nuevo discurrir de la filosofía en su esfuerzo por superar las alternativas anteriores: la del realismo y la del idealismo. Esta tercera *metáfora* había comenzado a perfilarse con la llegada de la fenomenología husserliana al establecer ésta como dato primario la correlación esencial entre conciencia y objeto, entre *noesis* y *noema*: la conciencia, o sujeto,

* Facultad de Teología San Vicente Ferrer. Valencia (España).

es esencialmente apertura a lo que no es ella; y el objeto lo es con respecto a un sujeto. *Toda conciencia es conciencia de algo*: toda conciencia es intencional, apunta a lo que no es ella, lo que supone afirmar que no hay un sujeto y además, como un añadido contingente a él, un objeto; ni un objeto, o realidad, en paralelo a un sujeto e independiente de él, sino que conciencia y realidad, sujeto y objeto son de suyo coexistentes y un recíproco constitutivo formal. Lo que implica, además, afirmar que la realidad no es otra cosa que lo está presente desde sí mismo a la conciencia; aquello que se muestra a la conciencia, o sea, el fenómeno.

2. El éxito de esta nueva metáfora fue grande y ha dominado, y sigue dominando, la marcha de la filosofía europea continental. Es verdad que cada filósofo la interpreta a su manera, aunque todos coinciden en despojarla de las reminiscencias idealistas aún presentes en Husserl. Es el caso de Heidegger, Scheler, Merleau-Ponty y el mismo Sartre. Pero fue quizá Ortega el primero que se percató de la necesidad de una reforma en profundidad de los supuestos husserlianos. Para Ortega, la fórmula “toda conciencia es conciencia de algo” se convierte en “yo concreto, abierto a las cosas” y las cosas no la irrealidad del noema, siéndome a mi. Y esto es la vida, la realidad primera y fundamental constituida por dos polos: el yo y las cosas. La vida humana es la realidad radical a partir de la cual todo lo demás es y es pensado; es decir, la vida tiene la primacía ontológica y epistemológica. Y Ortega centra sus esfuerzos intelectuales en elaborar una “metafísica de la vida” desde la cual entender y comprender todo lo que el hombre es y hace: la ética, la política, la religión, la sociedad, pero también el juego, el arte y cualquier otra manifestación humana y cultural relevantes. La vida humana es en sí misma apertura a las cosas, “yo” abierto a las cosas y cosas siendo el yo. El “yo” y las cosas, mundo o circunstancia, son elementos indisociables de esta estructura primera y originaria que es la vida humana: constituyen la dimensión subjetiva y objetiva de la misma. Desde la vida como realidad radical supera Ortega los planteamientos del realismo y del idealismo, pues en ella se integran el mundo y el yo: las cosas no son realidades en sí y para sí, como en el realismo, sino “cosas para mí”, cosas para la vida, realidades pragmáticas, facilidades o dificultades, ventajas o desventajas, posibilidades de vida; y mundo es el conjunto de realidades pragmáticas estructuradas en función de la vida como un horizonte de posibilidades. Y el “yo”, el pensamiento, no es la subjetividad cartesiana

o idealista; no es una realidad encerrada sobre sí misma, sino esencial apertura al no-yo, al mundo. Y la función de la filosofía no es otra que la de comprender de forma refleja esta realidad radical que es la vida conceptualizándola con categorías surgidas de ella misma, no del orden de las cosas físicas.

Así, a lo largo de su trayectoria intelectual va Ortega describiendo los rasgos esenciales del vivir humano. Vivir, por lo pronto, es vivirse, sentirse existiendo, presencia de la vida a sí misma. La vida es algo que se nos impone, que no elegimos; es drama en la medida en que es una lucha frenética para conseguir ser lo que se es en proyecto: es tarea y aventura, pues su misión consiste en hacerse a sí misma no de cualquier manera, sino realizando lo que su vocación le señala que tiene que ser; es siempre algo inconcluso e indeterminado, constitutivamente inacabado, proyecto siempre pendiente, realización progresiva de su ser; no es un “factum”, como lo son las cosas naturales, sino un “faciendum”. En definitiva, la vida humana es historia, una mezcla de fatalidad y de libertad, un proyectar el futuro desde las posibilidades que nos ha dejado el pasado.

La historia, y la intelección del ser humano como ser histórico, constituye uno de los temas centrales de la filosofía de Ortega. Cuando Ortega comenzó a filosofar hacía ya algún tiempo que la vida había sido objeto de meditación por algunos filósofos europeos (Dilthey, Unamuno, Bergson,...). Pero para la mayoría de ellos la vida representaba lo irracional al margen de toda razón. Ortega se opuso siempre a esta manera de ver las cosas: si la vida es la realidad radical, la vida misma es razón, *razón vital*, como dejó escrito en su ensayo *El tema de nuestro tiempo*. La razón vital no es una vida más razón, ni una razón más vida, sino la vida misma como forma radical de razón que se esfuerza por comprenderse a sí misma; es la razón que, desde su condición histórica, comprende lo humano en sus cambiantes manifestaciones. Ortega se opuso siempre a un racionalismo sin vida y a un vitalismo irracionalista. Esta fue una de sus grandes batallas intelectuales; de ahí su esfuerzo constante por dar un perfil claro a la razón vital, que muy pronto llamará razón histórica y que, bajo la influencia de Dilthey, no dudará en llamar “razón hermenéutica”.

3. La influencia del pensamiento de Ortega ha sido muy importante, y no sólo en España. Valga como anécdota lo siguiente: el teólogo D. Bonhoeffer, en 1944, estando prisionero en Berlín y vísperas de ser

llevado a un campo de concentración donde sería asesinado, escribe a sus padres diciéndoles: “Podrías intentar procurarme el nuevo libro de Ortega y Gasset *La esencia de las crisis históricas* (En torno a Galileo) y si fuese posible la anterior *La historia como sistema*” (*Resistencia y sumisión*, 79). Pero lo fue sobre todo en España.

En la España de entonces se cultivaba, como dice Zubiri, una filosofía de la inquietud, se fomentaba la finura de espíritu y la agudeza mental, pero se huía con horror de toda afirmación intentada como verdad verdadera. Además, esa filosofía había sido en gran medida cosa de sectas y partidos. Pues bien, frente a esta situación de la filosofía española, Ortega enseñó a sus discípulos preferir siempre un átomo de verdad, por tosca que fuera, a la finura irresponsable de una búsqueda sin término; y por otro lado, la acción de Ortega fue liberadora pues él fue, en un sentido muy positivo, un liberal; por eso su filosofía no fue ni de izquierdas ni de derechas, sino filosofía sin más. Y supo crear en España, por medio de su magisterio en la Universidad y por sus escritos, un ámbito en el que se pudiera filosofar en libertad, por encima de partidismos y posiciones religiosas, sin sometimiento a forma alguna de dogmatismo y sin atender a consignas sectarias. Por esta razón, fue capaz de hacerse cargo filosóficamente de la realidad y circunstancia españolas en todos sus aspectos, desentrañar el logos o sentido profundo de las cosas y su íntima conexión; detectar problemas, carencias, soluciones periclitadas, sugerir alternativas de futuro, proponer reformas y proyectos de mejora personal (ética) o colectiva y social (política).

El magisterio de Ortega se dejó sentir en toda España, pues, además de su aportación filosófica, supo ser durante muchos años un potente altavoz que hizo posible que entre nosotros se oyera la palabra de todas las inteligencias fecundas de Europa. Sus finas antenas intelectuales permitieron a los españoles tener noticia de la más noble y exquisita producción cultural que se llevaba a cabo fuera de la península. La *Revista de Occidente*, fundada por él en 1923, así como la *Editorial* de la misma revista, pusieron en manos de los españoles —y latinoamericanos— lo más representativo y valioso de las nuevas ideas que se elaboraban en Europa, así como la vanguardia cultural en todos los órdenes. Esto fue decisivo para que la intelectualidad española se situara al nivel de la europea. Ortega no realizó su tarea de pensador encerrado en una torre de marfil, aislado de la realidad y del mundo en que le tocó vivir, sino todo lo contrario: coherente con sus ideas, se implicó en el

mundo y sus problemas, se sumergió en la realidad para comprenderla y salvarla, vivió hasta el final lo que constituía el centro de su pensamiento filosófico: “Yo soy yo y mi circunstancia”.

Y todos sabemos que “la circunstancia, o mundo, de la primera mitad del siglo XX fue especialmente problemática y convulsa, tanto en España como en Europa. Esta inmersión y compromiso con su “circunstancia” es probablemente la razón principal por la que Ortega no nos haya dejado voluminosos tomos de filosofía sistemática al estilo clásico y alemán, lo que a algunos les hizo pensar que no poseía un sistema; y se equivocaban como, con el tiempo, han puesto de manifiesto muchos y documentados estudios sobre su pensamiento, entre los que hay que citar a partir de ahora, en lo que se refiere principalmente a la filosofía política, el libro del profesor Angel Peris *Liberalismo y democracia en la obra de Ortega y Gasset*. Hoy sabemos hasta qué punto, incluso los temas más aparentemente lejanos de la filosofía, como por ejemplo los toros o la caza, están conectados con sus ideas filosóficas centrales y sólo desde ellas adquieren su profundo sentido humano.

II

1. Como hemos dicho, el libro del profesor Angel Peris que esta tarde se presenta en esta Facultad de Teología trata sobre la filosofía política de Ortega; su título es: *Liberalismo y democracia en la obra de Ortega y Gasset*. Está editado en Madrid, en la Editorial Biblioteca Nueva, 1918, y constituye un volumen de unas 300 páginas. Aunque los ocho capítulos de que consta han sido publicados previamente en diversas revistas especializadas o en libros colectivos, la unidad y sistematicidad entre ellos pone de manifiesto que responden a un proyecto de investigación común llevado a cabo con competencia y escrupulosidad científica, mostrando un conocimiento exhaustivo todas las obras de Ortega, y no sólo las de temática política, en los diversos momentos de la evolución de su pensamiento. Ha tenido, además, en cuenta lo más relevante de la bibliografía orteguina, no dudando en deshacer tópicos o corregir las opiniones de algunos especialistas por su unilateralidad y deficiente análisis de los textos. Ortega siempre se quejó de que no pocos, llevados por su estilo literario y por la aparente gran dispersión de temas, no pasaban de la superficie de su pensamiento y no eran capaces de captar su profundidad y unidad; y es justo reconocer que sus

escritos políticos, surgidos de las vicisitudes concretas de la circunstancia española, y algo de la europea, se prestaban a ello; se requería un conocimiento más global de sus ideas para traspasar la superficie y alcanzar el verdadero significado de sus propuestas. Y esto último es lo que encontramos en este libro del profesor Angel Peris. Su conocimiento preciso de las ideas fundamentales de la filosofía orteguiana, le ha permitido anclar, o enraizar, su pensamiento político en las coordenadas de su sistema, y no como temas marginales y poco conectados al mismo. Por eso creo que el primer capítulo de este libro, que es el más extenso, es clave: se ocupa la ética, pero ello le lleva a explicitar la metafísica orteguiana de la vida, su concepción de la nueva razón histórica para poder comprender no sólo asuntos como la vocación, el destino o los valores, sino los demás temas estudiados. Y todo esto lo hace con un estilo claro y sobrio, nada retórico ni rebuscado, en el que la sencillez confiere belleza al relato. Ortega decía que la claridad era la cortesía del filósofo; pues bien, el profesor Angel Peris ha conseguido ser en este libro exquisitamente cortés. Les confieso que la semana que he empleado en leerlo atentamente ha sido para mí especialmente grata: ha sido como bocanada de aire puro de la filosofía.

2. Como ya dije, Ortega fue un buscador de la verdad y un pensador al margen de sectas intelectuales y de partidos: quiso hacer filosofía sin más. La fidelidad a la realidad tal como ésta se muestra cuando la mente se abre a ella sin prejuicios, le impedía adherirse a posiciones extremas, posiciones que suelen aflorar en tiempos de desorientación. De la misma manera que en el campo metafísico y epistemológico se propuso superar las contrapuestas grandes metáforas antigua y moderna por una nueva capaz de hacer justicia a la parte de verdad que estas presentaban, también en el campo de las ideas políticas hizo un gran esfuerzo de integración en orden a ofrecer un pensamiento centrado y lejos de cualquier posición unilateral extrema, y ello no por pura estética conciliadora, sino por exigencia de la realidad y sociedad humanas; todo extremismo era para Ortega una caricatura, esto es, una desfiguración a veces cómica y a veces trágica de la realidad.

Así, en su juventud se inclinó por un socialismo no marxista ni obrerista, esto es, un socialismo que corrigiera el individualismo del liberalismo clásico sin por ello anular el individuo como tal y el ámbito de sus libertades, que siempre debería de entenderse desde lo social: “No te preocupes –escribió– con que sea ancho, alto y profundo tu "yo"; busca la

cuarta dimensión de tu "yo", la cual es tu prójimo, el "tú", la comunidad" (Capítulo 6°).

Con el tiempo, su pensamiento político fue orientándose hacia un liberalismo no individualista, es decir, un liberalismo abierto a lo social, capaz de mejorar el nivel cultural y económico de la comunidad con el fin de alcanzar niveles mayores de libertad personal y de libertades públicas. En el *Capítulo segundo* de este libro se aborda este tema. Socialismo no marxista, liberalismo no individualista ¿no estamos hablando de meras construcciones mentales? No; la historia, en gran medida, ha confirmado las ideas orteguianas. Los capítulos siguientes estudian los conceptos básicos del pensamiento social y político de Ortega, señalando en cada uno de ellos sus proceso de maduración hasta alcanzar su formulación definitiva: el rol de las minorías en la tarea de insuflar en al pueblo en general una concepción de la vida y de la moral, de ofrecer proyectos de mejora de la sociedad, de proponer valores nuevos que supongan un ilusionante incremento del tomo vital, de crear una opinión pública, que no hay que confundir con la opinión mayoritaria sin más, sino aquella o aquellas (pues es consustancial al liberalismo admitir varias) que proponen un proyecto de sociedad en el que el ser humano pueda vivir y desarrollar sus posibilidades en el marco de una convivencia respetuosa y fecunda. A ello consagra el autor los *Capítulos* 3° y 4°, titulados respectivamente: "El papel de la minoría" y "El concepto de opinión pública". El *Capítulo* 5° es, a mi entender, muy importante: trata de *La política como educación*. La transformación a mejor de la sociedad debe realizarse a través de la educación con la construcción de un cuerpo social crítico, proponiendo un ideal de hombre y suministrando unos medios intelectuales, morales y estéticos adecuados. Se trata, pues, de elevar el grado de preparación intelectual, el conocimiento científico, técnico e histórico, mejorar la sensibilidad hacia nuevas realidades y abrir el horizonte vital a nuevas ideas que capaciten para comprender críticamente la realidad. Y todo ello, piensa Ortega, producirá una educación moral, esto es, una reforma de los hábitos, de las costumbres y del carácter de los españoles conducente a un aumento de la vitalidad, a un ímpetu constante de más vivir. La democracia, que no debe ser solamente un mero procedimiento o instrumento de decisiones, tiene una misión educativa y ha de poner los medios para elevar el nivel cultural de los ciudadanos y potenciar su autonomía para que lleguen a ser responsables de su destino. Por otro lado, en el proceso educativo ocupa un lugar determinante las "minorías selectas" mediante su influencia en la opinión pública, la

propuesta de ideales, la revisión de los usos y costumbres, la presentación de virtudes laicas, y de modelos de vida personal y pública que puedan ser imitados por los demás ciudadanos. Esta educación, dice Ortega, ha de saber asumir los valores positivos del pasado y respetar el universo de sentido que encierran, para desde allí, crear un futuro mejor. Dada su condición histórica, el hombre es un *heredero*, no un mero sucesor. Cuando viene al mundo hereda un rico patrimonio espiritual que le precede y lo prefigura, y sobre el cual actúa proyectando el futuro. Cada generación –y toda generación–, según Ortega, se compone de una masa y una minoría selecta, ha de mantener el equilibrio entre lo recibido y heredado, y lo nuevo que se juzga necesario instaurar. Este capítulo del libro consagrado a la política como educación es, a mi entender, especialmente valioso. El profesor Angel Peris ha sabido exponer magistralmente las ideas de Ortega en los diferentes momentos de su vida con claridad y coherencia; y ha mostrado que aún tenemos algo que aprender de él en este campo.

Como acertadamente escribe el profesor Angel Peris, la filosofía política de Ortega se desarrolla en torno a tres ejes: *el liberalismo* no individualista, del que ya hemos dicho algo; *la reforma democrática* en la dirección a la mayor participación ciudadana y *la nacionalización*, esto es, la insistencia de unir a los ciudadanos en unos proyectos, valores y rasgos de una identidad compartidos. Estos dos últimos temas ocupan los *Capítulos 7º* y *8º* respectivamente y con los que concluye su investigación.

Podría pensarse que la distinción orteguiana entre minoría selecta, o aristocracia moral, y masa, por un lado, y el rol que asigna a las minorías supondría una disminución del talante democrático de su doctrina política. Como acertadamente señala el profesor Angel Peris, esto no es así. En primer lugar, porque minoría selecta y masa no describen clases sociales en el sentido tradicional: un obrero puede pertenecer a la aristocracia moral y un burgués ser masa. Minoría selecta y masa son categorías descriptivas de otro orden. En una página brillante, el profesor Angel Peris, lo conceptúa así:

Minoría significa asumir la propia existencia como la exigencia de cumplir un proyecto personal, masa significa conformarse con ser como todo el mundo, tendencia a la inercia. Minoría significa ejemplaridad, disciplina, afán por la excelencia, masa desprecio por lo diferente, abandono de sí, enfermedad de la capacidad estimativa. Minoría, sometimiento voluntario a una serie de criterios de verdad, valores y normas

por encima del capricho individual, una herencia de sentido histórico. Masa, barbarie, rechazo de toda civilización, a cualquier criterio por encima de la absoluta individualidad. Minoría significa pensar por sí mismo, masa dejarse llevar por lo establecido, por las vigencias y tópicos sociales a la deriva de las modas. Minoría es intelectualidad, masa desorientación. Para la minoría nobleza obliga, para la masa sólo hay derechos sin responsabilidades, sin deuda ni reconocimiento. Minoría es equilibrio entre respeto a la tradición y misión creadora.

Si esto es así, todo Estado que aspire a la perfección debe reformarse consolidando una auténtica minoría selecta que vertebré, aporte una visión histórica e infunda proyectos capaces de movilizar y de aunar tareas y esfuerzos; el Estado debe contribuir a aumentar la vitalidad de sus ciudadanos. La acción de la minoría selecta es precisamente dinamizar el protagonismo social universalizando lo más posible la excelencia moral e intelectual, fomentar estructuras e instituciones de responsabilidad cívica y de gestión de los asuntos públicos; es su misión incitar la participación ciudadana en todo aquello que le afecta. Esto supone una sociedad civil más amplia y activa, con sus instituciones y asociaciones, mediadora entre el Estado y la sociedad. Pero la mayor democratización de la sociedad no debe confundirse con el populismo y la intervención en los asuntos públicos de las masas revolucionarias que tienden a acabar con el Estado liberal. Una cosa es la democracia y otra la “democracia morbosa”, dice Ortega. La democracia *morbosa* no es otra cosa que el populismo, o lo que es lo mismo, la irrupción de las masas inarticuladas que confunden el ideal democrático con un igualitarismo despreciador de la aristocracia moral que acaba aceptando y exaltando lo plebeyo.

La reforma democrática, además de la consolidación de una minoría selecta, debe también abordar la descentralización administrativa y política para aumentar así el número de los vitalmente activos.

Llegamos así al último *Capítulo* del libro, el 8º, en el que el profesor Angel Peris, desde la plenitud del concepto de razón histórica, estudia los temas de la nación, los nacionalismos y Europa. La nación para Ortega es, ante todo, una, articulación de colectividades distintas en una unidad superior, independientemente de la sangre, la lengua o la cultura. Se constituye por un proceso histórico de incorporación de pueblos diferentes en una nueva estructura en la que un proyecto ilusionante de vida en común es factor de una unidad que no suprime identidades. El proceso de “nacionalización” no es otra cosa que la propuesta de ese proyecto común e integrador. El “nacionalismo exclusivo” empeñado en

romper ese proyecto común no deja de ser uno de esos extremismos que surgen en situaciones históricas de crisis y de desorientación; como tal es disolvente y, que duda cabe, se sitúa fuera del sentido de la historia que avanza hacia una Europa como gran nación de naciones.

3. No les canso más. Espero que mis palabras hayan constituido un pequeño avance del contenido de este libro, capaces de estimularles a leerlo. Encontraremos en él una espléndida sistematización del pensamiento político de Ortega. Pero también, y esto es quizás lo más importante, mucha materia para la reflexión personal y no poca luz para comprender el momento sociopolítico tan delicado en el que nos encontramos. Ortega es ya un clásico, y un clásico lo es porque siempre da que pensar y es capaz de fecundar la mente humana en cualquier tiempo. Enhorabuena profesor Angel Peris y muchas gracias por este precioso libro que nos ha ofrecido. Todos nosotros, además de felicitarle, esperamos y deseamos que no sea el último.

Valencia, 14 de diciembre de 2018